

sociedad y de una cultura democrática con nuevas formas de convivencia social en el México contemporáneo.

Agradezco a todos su presencia y doy a ustedes la más cordial de las bienvenidas.

Palabras de

La decisión de abrir un Centro de Estudios de Género en la Universidad de Guadalajara representa un hecho importante por diversas razones.

Significa la capacidad institucional de tomar y materializar un impulso de la sociedad por replantear las relaciones entre los sexos.

También representa el resultado de los diversos trabajos que, aunque aislados y poco apoyados, se han desarrollado en el seno de la Universidad de Guadalajara en la misma línea de los estudios de la mujer y el género.

Igualmente, es la muestra de una voluntad política y académica por formalizar un espacio para el estudio de una perspectiva teórica que ha venido legitimándose con solidez en los últimos tiempos: la perspectiva de género.

*Directora
del Centro de
Estudios de Género*

CRISTINA PALOMAR VEREA

Finalmente, representa la conquista real de un espacio importante en el ámbito académico por parte de las mujeres que han luchado por abrirse un lugar en ambientes tradicionalmente monopolizados por una visión patriarcal y sectaria.

Los estudios de género tienen su origen en los estudios feministas que empezaron a desarrollarse aproximadamente hace cuarenta años. Desde entonces, la mujer como objeto de análisis ha ocupado la atención tanto de las feministas como de los antropólogos y otros científicos sociales. Sin embargo, una nueva generación de feministas, preocupadas tanto por el debate académico como por la participación política, y conscientes de las demandas de nuestro tiempo, vuelve a interrogarse sobre la manera en que se construye la identidad femenina, los elementos que la constituyen, sus condicionantes, aquello que modifica su condición, lo que representa la feminidad, el significado de ser femenino o masculino en tiempos y espacios diversos.

En otras palabras, las mujeres han comenzado a afrontar las contradicciones entre la manera en que las ven los demás y la manera en que se ven a sí mismas.

De esta forma, sería imposible concebir la historia de las mujeres sin una historia de las representaciones, desciframiento o decodificación de las imágenes que expresan la evolución del imaginario masculino y de la norma social.

Octavio Paz ha dicho, en este contexto, que la mujer vive presa en la imagen que la sociedad masculina le impone. Esta idea, sin embargo, parece reflejar una condición más general,

inherente a todo individuo, hombre o mujer: sólo podemos vernos a nosotros mismos y a los demás a través de las imágenes que nos proporciona nuestra cultura; hombres y mujeres somos la imagen que nuestra cultura nos impone.

Estas imágenes, a través de las cuales nos creamos unos a otros y a nosotros mismos, forman nuestro universo simbólico; es decir, constituyen el lenguaje, los mitos, el arte, la ética, la religión y las ciencias a través de las cuales miramos y nos dejamos mirar.

Desde esta perspectiva, la pregunta que surge es: ¿existe alguna diferencia entre las formas simbólicas que crean al hombre y aquellas que crean a la mujer?

Este planteamiento no puede ser resuelto de manera acabada puesto que las imágenes culturales del hombre y la mujer no son fijas; son producidas por la interacción de hombres y mujeres: inventamos a la cultura que nos inventa. Pero en este permanente proceso de creación y recreación, hombres y mujeres no participamos de la misma manera; nuestras sociedades contemporáneas promueven una participación mayor del varón en las funciones de creación cultural. Al hombre se le permite, en otras palabras, crear las formas que lo crean; el hombre inventa la forma de mirarse, pero también tiene la posibilidad de inventar a la mujer. Desde esta perspectiva, la aseveración de Paz adquiere una nueva y plena vigencia: la mujer vive presa de la imagen que la sociedad masculina le impone.

Esto implica que es necesario revisar y cuestionar cómo el

pensamiento académico, elemento importante de producción cultural, ha operado con construcciones masculinas que consisten en una representación que se basa en la ausencia de la mujer como sujeto histórico, en donde sólo existe en cuanto está ausente.

La conceptualización de la realidad con una mirada de hombre supone un mundo en el que el exclusivo sujeto histórico es el hombre. La mujer no tiene lugar en cuanto tal, sino solamente como espejo del valor creado por y para el hombre. Por eso son necesarias las teorizaciones y los estudios sobre las mujeres: para dibujar el contorno de ese sujeto histórico en toda su contundencia, las mujeres, y para producir ese otro mundo en el que la mitad de sus protagonistas estén igualmente incorporadas como sujetos de esa historia.

A lo largo de este siglo, tanto la filosofía como las nuevas ciencias sociales reflejan el sexismo ordinario de lo social, que define la especificidad femenina al servicio del hombre y de la familia. Adornado con las galas de la modernidad, respaldado por las ciencias y difundido por los medios de comunicación, el modelo madre-esposa sin profesión triunfa al democratizarse. La preocupación demográfica de los estados, el discurso médico acerca de la crianza de los hijos en sociedades cada vez más atentas a la medicina y el discurso psicológico sobre las relaciones madre-hijo refuerzan sin duda la presión a favor de la mujer en el hogar. La nueva evaluación de la sexualidad y la aceptación del deseo femenino van acompañados de una presión nor-

mativa en favor de la conyugalidad y de ideales de apariencia física, inspirados en las estrellas y los modelos, que toman forma en los concursos de belleza a los que obsesiona la delgadez. Mientras, entre las definiciones visuales de la feminidad moderna se impone un ama de casa profesional, reina del hogar e informada consumidora. La publicidad le vende objetos, pero también representaciones de sí misma, en aspectos llamativos, a los modelos antiguos. También convierte a la mujer en objeto sexual, cuya posesión se desea, en una imagen que se afirma violentamente.

Pero también en nuestro siglo cada vez más mujeres toman la palabra y el control de sus identidades visuales; subrayan las implicaciones políticas de la representación, intentan romper los estereotipos y proponen múltiples vías de realización personal.

El hecho de que la imagen de las mujeres se haya vuelto más compleja y cambie hoy más rápidamente que nunca constituye un signo de mutación que es precisamente lo que el Centro de Estudios de Género de la Universidad de Guadalajara pretende abordar como punto de partida.

Se trata de estudiar a las mujeres como agentes históricos de pleno derecho. Y estudiarlas no ya aisladamente, como si estuvieran en el vacío, sino más bien a partir de la propuesta de un enfoque sexuado que introduzca la comprensión social, la dimensión de la relación entre los sexos, del género. Además, con la convicción de que la relación entre los sexos no es un hecho natural sino una interacción social construida e incesantemente

remodelada, consecuencia y al mismo tiempo motor de la dinámica social. Por tanto, el concepto de género es una categoría de análisis útil, tan útil como el de las relaciones entre las clases, las razas, las naciones o generaciones; categoría productora de saberes, como toda nueva mirada sobre el pasado, deseosa de abrir caminos a una nueva lectura y a otra escritura de la historia que tome en cuenta el conjunto de las relaciones humanas sin descuidar sus interacciones.

Desde este punto de vista, el Centro de Estudios de Género ha de interrogarse no solamente acerca de las conquistas femeninas sino también sobre la evolución del *gender system*: esto es, el conjunto de roles sociales sexuados y el sistema de pensamiento o de representación que define culturalmente lo masculino y lo femenino y que da forma a las identidades sexuales.

En síntesis, el Centro de Estudios de Género se propone investigar sobre la relación y evolución de la condición femenina y la condición masculina, y tratará de identificar las funciones y los verdaderos compromisos de toda retórica sobre el género, ya sea que estos compromisos se originen en los poderes, en los individuos o en los grupos.

Este proyecto es, simultáneamente, un ejercicio de reflexión sobre los grandes problemas que se producen alrededor de las relaciones entre mujeres y hombres y, al mismo tiempo, el inicio de una acción que pretende, de alguna manera, transformar las imágenes sociales sobre géneros.